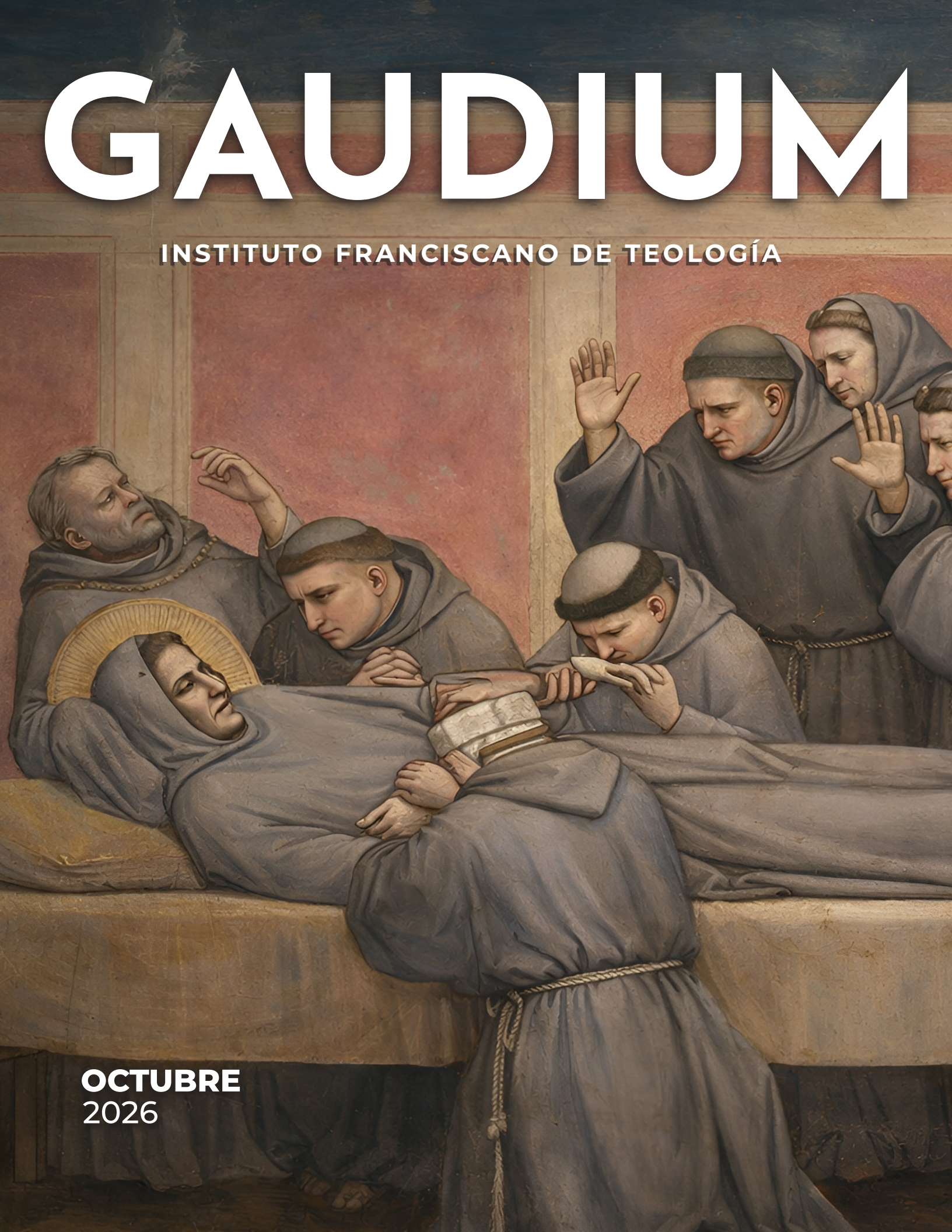
GAUDIUM

INSTITUTO FRANCISCANO DE TEOLOGÍA



OCTUBRE
2026



ÍNDICE

PÁGINA

EDITORIAL 1

EL TESTAMENTO
EN EL UMBRAL DE LA PASCUA FRANCISCO 2

RENOVAR EL ESPÍRITU MISIONERO
LA RIQUEZA DE AD GENTES 8

EL ARTE DE SOLTAR
EL DESAFIO FRANISCANO DE VIVIR SIN NADA PROPIO 12

FAMILIA DE PACO
DONDE EL LEPROSO NOS ABRAZA A NOSOTROS 17

HERIDAS, MUERTE Y PASCUA 21

DIRECTOR DEL IFT
FR. SERGIO ANTONIO GONZÁLEZ GALARZA, OFM

DIRECTOR GENERAL DE LA REVISTA
FR. JESÚS ADÁN VALLEJO ANDRADE, OFM

SUBDIRECTOR
FR. DAVID ISRAEL ALVARADO GONZÁLEZ, OFM

DISEÑO GRÁFICO Y DISEÑO EDITORIAL
FR. JUAN DE DIOS CASTILLO GARCÍA, OFM
FR. DAVID ISRAEL ALVARADO GONZÁLEZ, OFM

REVISIÓN
FR. FELIPE DE JESÚS ORTIZ NAVARRO, OFM
FR. DANIEL ESPIRICUETA GÓMEZ, OFM

PORTADA
LA MUERTE DE SAN FRANCISCO

IFT: alumnadoift@gmail.com

PROVINCIA FRANCISCANA DE LOS SANTOS FRANCISCO Y SANTIAGO

PUBLICACIÓN DIGITAL / OCTUBRE 2026 / No. 34

EDITORIAL

Fr. Jesús Adán Vallejo Andrade, ofm
Doctor en Patrología
Director General de la Revista

OCHOCIENTOS AÑOS DE UNA VIDA QUE SIGUE DANDO FRUTO.

Paz y bien hermanos todos, en esta ocasión, octubre, mes en que celebramos al pobrecillo de Asís nos ofrece la oportunidad de reflexionar sobre su vida y los 800 años de su glorioso tránsito.

Celebrar los ochocientos años del Tránsito de nuestro padre san Francisco de Asís es acoger una pregunta que atraviesa los siglos: ¿qué significa hoy vivir el Evangelio con la libertad y la confianza de aquel hermano menor? Su muerte, acontecida el 3 de octubre de 1226, ilumina una existencia entregada a Cristo y nos invita a mirar nuestra propia vida desde la esperanza pascual. Recordarlo es también dejarnos interpelar por aquello que amó, por los hermanos que recibió y por la misericordia que transformó su corazón. En este horizonte, Gaudium reúne cinco contribuciones que, desde la reflexión teológica, la expresión poética y el testimonio del servicio, ofrecen caminos para recibir la fecundidad de su legado. Sus páginas nos acercan a una espiritualidad que abraza la fragilidad humana y descubre en ella un lugar de encuentro con Dios.

La reflexión sobre el **Testamento de san Francisco** nos conduce a la memoria agradecida de los dones recibidos. Al acercarse al final, Francisco reconoce la iniciativa del Señor en su conversión, en el encuentro con los leprosos y en el nacimiento de la fraternidad. Su recuerdo se vuelve exhortación: custodiar el Evangelio, honrar la presencia eucarística de Cristo y recibir al hermano como regalo. También nosotros necesitamos recuperar esa mirada capaz de reconocer la gracia en medio del desgaste cotidiano.

Vivir sin nada propio profundiza esta invitación. La desapropiación alcanza los bienes, pero también el afán de controlar, la necesidad de reconocimiento y la pretensión de adueñarnos de los demás. En una cultura que vincula el valor personal con la acumulación y el éxito, Francisco nos propone la libertad de agradecer y compartir. Su despojo final expresa la confianza de quien entrega a Dios cuanto de Él ha recibido.

La meditación poética **Heridas, muerte y Pascua** contempla esa entrega desde la configuración con Cristo. Las llagas, la debilidad y el perdón hablan de una vida transformada por el amor. Llamar hermana a la muerte expresa la esperanza de quien, atravesando el sufrimiento, se confía al Señor de la vida. Esta mirada pascual nos anima a acompañar las heridas humanas con ternura y esperanza.

Tal cercanía adquiere un rostro concreto en **Familia de Paco**, donde personas con enfermedades terminales y en situación de abandono encuentran cuidado y pertenencia. Allí, el encuentro de Francisco con los leprosos sigue inspirando una fraternidad que sostiene la mano del enfermo y reconoce su dignidad hasta el último instante. Quien acompaña descubre, además, que también necesita ser transformado por el hermano que sufre.

Finalmente, la reflexión sobre **Ad gentes** amplía el horizonte hacia la misión de toda la Iglesia. El don recibido pide ser comunicado mediante una fe formada, una oración perseverante y una entrega generosa. La memoria franciscana se hace fecunda cuando nos dispone a salir al encuentro de los demás.

A ochocientos años de su Tránsito, Francisco sigue convocándonos a lo esencial: recibir la vida como don y convertirla en entrega. Que estas páginas nos ayuden a celebrar su Pascua con gratitud y a prolongar, en nuestras comunidades, la alegría de una fraternidad abierta a todos.

Paz y bien.



El Testamento
EN EL UMBRAL DE LA PASCUA DE FRANCISCO

Fr. Gregory Eiran Aboite Flores, OFM.
Estudiante de Teología

En este año 2026, la Familia Franciscana hemos celebrado los ochocientos años de la Pascua de nuestro padre san Francisco de Asís en un espíritu de gratitud y gozo. Ocho siglos han pasado desde aquella noche del 3 de octubre de 1226, cuando Francisco, en la pequeña iglesia de Santa María de los Ángeles, entregó su vida al Señor. Sin embargo, su muerte no puede entenderse simplemente como el final de una vida santa. Para Francisco, morir fue también un tránsito "Transitus", un camino, un paso, una Pascua.

Durante estos últimos tres años hemos recorrido juntos un camino que nos ha conducido de la Regla Bulada y Greccio, en 2023, a los Estigmas en 2024, al Cántico de las criaturas en 2025 y, finalmente, a la Pascua de nuestro padre san Francisco en 2026. Este camino no es solamente una sucesión de aniversarios. De hecho, ha sido más bien un itinerario que nos ha permitido contemplar una misma realidad, es decir, la configuración progresiva de san Francisco con Jesucristo y con ello la entrega total de su vida al Evangelio.

Es por eso que el Testamento se ve relacionado de manera especial con el contexto de estas celebraciones. Este fue escrito en los últimos meses de la vida terrena de nuestro padre san Francisco, por lo que constituye uno de los testimonios más personales que conservamos de él. En el Testamento no encontramos simplemente una serie de disposiciones para sus hermanos, encontramos, sobre todo, la memoria agradecida de aquel Poverello por lo que Dios en su infinito amor y misericordia se había dignado realizar en él.

"El Señor me dio comenzar"

Nuestro Seráfico padre da inicio al Testamento con una afirmación que nos revela mucho sobre cómo comprende él la propia vida: "El Señor me dio a mí, el hermano Francisco, comenzar de este modo a hacer penitencia" (Test 1). Con estas primeras palabras san Francisco nos muestra el origen real del



cambio que ocurre en su vida, no afirma que él haya decidido por sí mismo cambiar de vida, y mucho menos dice que su conversión sea el resultado exclusivo del esfuerzo de su persona, más bien, encuentra en ello la gracia del Señor y reconoce que todo comenzó por pura iniciativa de Dios. Y es a través de esta manera de hablar que nos permite comprender todo el Testamento desde una perspectiva con tinte profundamente vocacional.

Luego hace memoria del encuentro con los leprosos, y aquello que anteriormente le resultaba amargo se convirtió en dulzura para el alma y para el cuerpo. Y la disposición que permeó su espiritualidad siguió dando fruto, lo que parecía imposible comenzó a ser posible porque Dios transformó su corazón (Test 3). De este modo, san Francisco no está haciendo de ninguna manera una autobiografía en sentido moderno, sino que, está confesando cómo Dios ha obrado en su vida.

Por esta razón, al contemplar su experiencia ya cercana a la hermana muerte corporal, podemos comprender que el Testamento es también una acción de gracias. San Francisco está llegando al momento culminante de su misión, de su camino y reconoce sencillamente que todo ha comenzado como un don recibido.

“Y después que el Señor me dio hermanos”

Quizá una de las expresiones más conocidas del Testamento y la que más escuchamos (sobre todo entre frailes) sea aquella en la que san Francisco afirma:“Y después que el Señor me dio hermanos, nadie me mostraba qué debía hacer, sino que el mismo Altísimo me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio” (Test 14). Es también en esta afirmación que san Francisco nos habla de un don, y no de cualquier don, sino de los hermanos, que no son una realidad que él haya pedido o buscado. Los hermanos no son para san Francisco simplemente un grupo de compañeros que se reunieron por



el interés de un mismo proyecto personal. Son con todas las letras "un regalo del Señor".

Afirmar esto en el momento culminante de su vida, adquiere una fuerza muy particular, san Francisco está a punto de morir y dirige su mirada compasiva hacia aquellos con quienes compartió el caminar. Por eso su última palabra sobre la fraternidad revela el genuino entendimiento de que el hermano no es propiedad, sino gracia: "el Señor me dio hermanos".

Es aquí donde tal vez encontramos uno de los desafíos más actuales para nuestra vida franciscana. La costumbre y la rutina puede ser causa de que la experiencia fraterna deje de parecernos una gracia, un don y solo compartamos un espacio con personas de manera indiferente o en alguno de los casos, al conocer sus defectos, sus límites y sus diferencias, y olvidemos que todo eso, antes de ser una dificultad para nosotros, cada hermano es alguien que el Señor nos ha confiado. Por eso san Francisco, al final de su vida, regresa al origen y recuerda que los hermanos son don.

El Testamento como última entrega

Sabemos pues, que san Francisco escribe su Testamento en un momento que cualquiera calificaría de crítico, un momento marcado por la experiencia de las enfermedades y sus sufrimientos, ha experimentado ya los dolores de los estigmas y las dificultades de la fraternidad, así como también pudo darse cuenta de las tensiones que surgieron en torno a la forma de vida de los hermanos. De aquí que, sus palabras adquieren un carácter especial. San Francisco recuerda todo lo que hemos mencionado ya con anterioridad, desde el encuentro con los leprosos, la vida según el Evangelio, la pobreza, el trabajo, la oración y la relación con la Iglesia (Test 16-30). Y todo desde una actitud de minoridad, no pretendiendo manejar el futuro de la Orden, sino desde una memoria agradecida por tantos dones recibidos.





El Testamento, por lo tanto, se convierte así en una última entrega, San Francisco entrega a sus hermanos a manera de confidencia o mejor dicho en confianza aquello que considera esencial, es decir, el Evangelio, la pobreza, la fraternidad y la fidelidad a la Iglesia. Pero también, expresa de manera muy importante y me atrevería a decir que como centro de una espiritualidad eucarística y eclesial lo siguiente:

> *"...porque en este siglo nada veo corporalmente del mismo altísimo Hijo de Dios sino su santísimo cuerpo y santísima sangre, que ellos reciben y solos ellos administran a otros. Y quiero que estos santísimos misterios sean honrados y venerados por encima de todo y colocados en lugares preciosos" (Test 10-12).*

En esto encontramos algo profundamente conmovedor, porque cuando una persona sabe que se aproxima al final de su vida, normalmente descubre lo qué es esencial y verdaderamente importante, por eso San Francisco no deja riquezas, títulos ni seguridades humanas. Desea entregar y compartirles aquello que había recibido del Señor. Y quizá por eso el Testamento nos continúa hablando e interpelando a los hermanos menores y a toda la familia franciscana después de ocho siglos.

El Testamento no se trata simplemente de un documento meramente jurídico, ni es tampoco otra regla distinta. Es ante todo el testimonio fiel de un pobre hombre que quiere recordar a los suyos de dónde han recibido su vocación. San Francisco es plenamente consciente de que va a morir, pero aun en esos momentos desea que sus hermanos no olviden y sean también conscientes de que la fraternidad nació de Dios.

San Francisco deja en su Testamento, más que simples indicaciones, recuerda y exhorta sobre el trabajo con las propias manos, y comparte como el Señor le reveló a él, que debía de saludar con este saludo "el Señor te de la paz", recuerda



también como actuar cuando no los quieran en algún lugar, y pone ejemplo nuevamente en su persona, cuando manifiesta su deseo de obedecer al ministro general y al guardián que le fuera impuesto. Así pues, el Testamento podemos comprenderlo como una especie de puente entre el comienzo y el final de su camino, Al principio, san Francisco recibe de Dios y al final, san Francisco entrega lo recibido.

Existe pues una pregunta que surge en este contexto: ¿Qué queda de san Francisco después de ochocientos años?

San Francisco murió hace ya ochocientos años, su cuerpo fue sepultado y, sin embargo, su testimonio sigue dando fruto. En la Familia Franciscana hemos utilizado durante este centenario la imagen de "la semilla de vida eterna", porque se considera que san Francisco ha sido una semilla del Evangelio que cayó en la tierra, murió y continuó dando fruto.

Pero ahora la pregunta también puede dirigirse hacia nosotros.

¿Qué queda de nuestra vida cuando ya no estamos?
¿Qué recibirán nuestros hermanos de nosotros?
¿Qué Evangelio habremos dejado grabado en nuestra fraternidad o en nuestra familia?
San Francisco no dejó una forma de vida, no dejó riquezas materiales, dejó la pobreza evangélica; no dejó un proyecto personal para que fuera continuado, dejó vivir el Evangelio; no dejó una espiritualidad apartada de la Iglesia, dejó un camino vivido con y en ella. Y no dejó palabras vanas o bonitas sobre la fraternidad, dejó hermanos.

La semilla cayó en tierra hace ochocientos años y todavía hoy sigue dando fruto.

Paz y Bien.



RENOVAR EL *Espíritu* MISIONERO

Hno. Francisco Javier Puente Castaño. MFJ
Estudiante de Teología

El Concilio Vaticano ll, en su decreto “Ad Gentes” trata sobre la actividad misionera de la Iglesia. Muchos de los fundamentos del espíritu misionero se concretizan en este documento, el cual sitúa bien la postura misionera de la Iglesia. “La Iglesia peregrinante es misionera por su naturaleza, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio de Dios Padre” (Ad Gentes 2).

En general, el pueblo de Dios conoce bien este termino y entiende a lo que se refiere. La gran mayoría ha escuchado alguna vez expresiones como “ir de misiones” o “Iglesia misionera del evangelio”. Popularmente se entiende como esta parte dinámica de la Iglesia que esta siempre en salida, en busca de lugares y territorios para llevar la buena nueva. Y esto ha sido una novedad que también en tiempos de Cristo se predicaba, de ahí que se menciona que la Iglesia es por naturaleza misionera, en referencia a que desde su origen y creación ya forma parte de su esencia. El mismo Cristo lo dice “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará, más el que no creyere se condenará” (Mc., 16,15-16).

A lo largo de la historia, esta misión que forma parte de nuestro ser Iglesia, va en la misma línea del camino que Cristo ha seguido hasta dar su vida por la salvación de los hombres, lo cual lo reflejo con acciones concretas, como en el servicio al mas necesitado, en la proclamación del conocimiento de Dios y la verdad, en el servicio al prójimo, en la vivencia de la pobreza, en el dar testimonio de Fe, Esperanza y Caridad.

Con estas esencias mencionadas anteriormente, llegamos a una pregunta que la Iglesia siempre se ha hecho a lo largo del tiempo ¿Cómo llevar la buena nueva a los hombres en la realidad actual? Cristo nos ha dado el mejor ejemplo, sin embargo, ante realidades tan diversas y complejas, no siempre es tarea fácil llevar el evangelio a toda la gente, a todo lugar, de la misma



forma. Incluso los mismos apóstoles, con ayuda del espíritu santo, tuvieron que afrontar desafíos, salir de sus comodidades, aprender, argumentar, callar, formarse, reformular su espíritu misionero, ya que no hay una fórmula que sea infalible, hay que estar atentos y abiertos a los signos de los tiempos, y sobre todo escuchar lo que el espíritu inspira en cada época y realidad.

Agregando un poco de experiencia personal y comunitaria, esta reflexión la hacemos constantemente en nuestro carisma como Misioneros de Familia y Juventud. Nos hemos dado cuenta de que este espíritu misionero implica, entre muchas cosas, formación y entrega, es por esto que nosotros nos dedicamos precisamente a la formación de jóvenes y familias, que se conviertan en misioneros capaces de dar respuesta a la realidad actual.

El mismo documento de Ad Gentes, en su numeral 25, menciona que la formación espiritual y moral es punto clave para que el espíritu misionero se inflame, y sobre todo para poder perseverar ante los desafíos o dificultades más complejos. Cristo es quien elije y quien envía; el espíritu santo quien inspira y acompaña; el hombre es quien responde y se prepara. Se entiende entonces la visión del seguimiento de Cristo y la misión no solo como un acto de buena voluntad, no es solo decir "yo quiero", sino también como un acto que implica involucrarse, salir de sí y formarse para vivir una entrega a la del nivel de Cristo: ¡hasta la muerte!

Nuevamente Ad Gentes se hace presente "el misionero sea hombre de oración: inflámese en el espíritu de fortaleza, de amor y de templanza; aprenda a contentarse con lo que tiene; lleve en sí mismo con espíritu de sacrificio la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús obre en aquellos a los que es enviado; llevado del celo por las almas gástelo todo y sacrifíquese a sí mismo por ellas".

¿Estamos dispuestos hoy en día a vivir una entrega así? Ante una realidad que invita al comodísimo, a los resultados instantáneos, al éxito y placer personal, al uso de la tecnología para generar "bienestar" que nos lleva a aislarnos mas unos de otros. Una realidad que choca directamente con la propuesta de

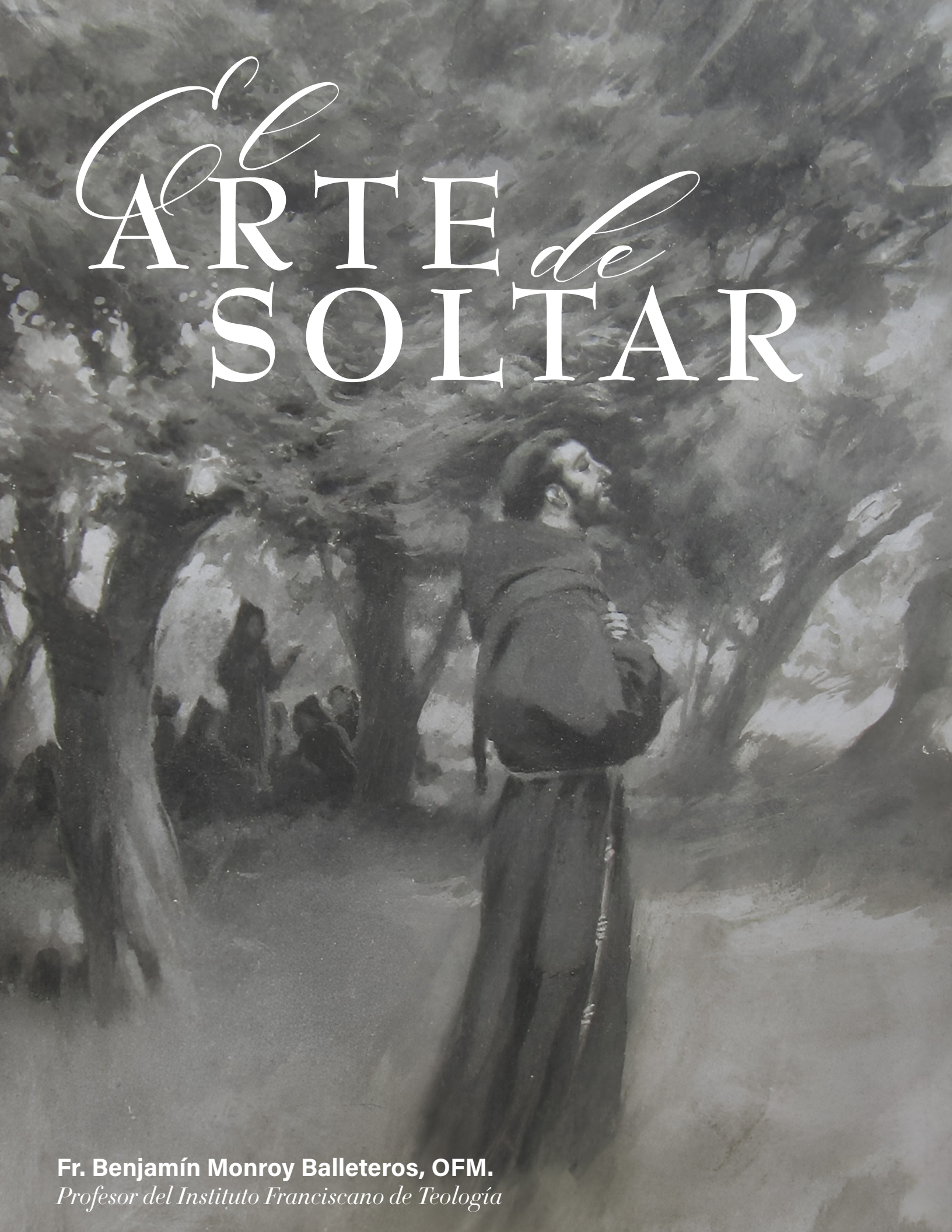




Ad Gentes, en vez de gastar todo “por el otro” a un gastar todo por “uno mismo”.

Es necesario renovar hoy en día este espíritu misionero, hacer una lectura de la realidad que se nos presenta, formarnos en la Fe y en la Virtud, salir de nosotros mismos, y sobre todo seguir pidiendo la compañía del espíritu santo que nunca abandona a la Iglesia, para que nuestra respuesta este impregnada también de su fuego que arde en nuestros corazones y nos mueva a desgastar nuestra vida por Cristo y por la salvación de los hombres.

El ARTE de SOLTAR



Fr. Benjamín Monroy Balleteros, OFM.
Profesor del Instituto Franciscano de Teología

El octavo centenario de la Pascua de san Francisco de Asís (1226-2026) no es solo una efeméride histórica; es un espejo incómodo pero necesario para nosotros los franciscanos, la Iglesia y la sociedad actual. A ocho siglos de su partida, su herencia espiritual nos invita a cuestionar nuestra relación con el tener y el aparecer.

Vivimos en la era de la acumulación. Medimos el éxito por el tamaño de nuestras pantallas, la marca de nuestra ropa y el control que ejercemos sobre nuestro entorno. En este escenario, la figura de san Francisco de Asís emerge no como un recuerdo nostálgico del medievo, sino como un provocador contracultural. Su vida, y especialmente su muerte, nos lanzan una pregunta punzante: ¿Qué mensajes suyos siguen vigentes en pleno siglo XXI?

Son muchos. Voy a prestar atención solamente a uno de ellos: la desapropiación, uno de los pilares más incomprendidos de la espiritualidad franciscana

La muerte: El despojo total

Las biografías del Poverello narran que, al final de sus días, pidió ser recostado desnudo sobre la tierra desnuda. No era un acto de desprecio a la vida, sino la firma de su obra. Quería imitar a Cristo en la cruz y recordar que, si Dios lo había traído sin nada al mundo, de la misma manera quería volver a sus brazos.





Para Francisco, la muerte no fue una tragedia, sino el despojo total para entrar definitivamente en la fiesta del cielo. Sostuvo en el momento decisivo aquello que predicó con el ejemplo.

Más allá de la pobreza material

En la forma de vida que propuso a sus hermanos dice: "vivir en obediencia, en castidad y sin nada propio" (Rnb 1,1). Francisco no dice pobreza: dice "sin nada propio". Es un matiz sutil pero revolucionario: no habla simplemente de pobreza; habla de no adueñarse de nada.

Vivir «sin nada propio» va mucho más allá de la carencia de bienes materiales. Se trata de una actitud interior de desasimiento, simplicidad y minoridad. No consiste en una apología de la miseria, sino en extirpar el ansia de poseer. Y esto incluye no solo los objetos, sino también los bienes espirituales: despojarse del ego, del orgullo y de la arrogancia de creer que somos los autores absolutos de nuestra vida.

Francisco no veía la propiedad como un pecado en sí mismo, pero la identificaba como un riesgo real. La posesión muta fácilmente se convierte en apropiación. Para el Santo, Dios es el Bien total del que procede todo lo creado; por lo tanto, nosotros no somos dueños, sino meros administradores. Como bien recordaba san Pablo: "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te jactas como si no lo hubieras recibido?" (1 Cor 4,7).

Al final, la «hermana muerte» se encargará de equilibrar la balanza. Cuando nos vayamos, no habrá equipaje; solo nos llevaremos el amor que hayamos entregado y el bien que hayamos sembrado. Vivir bajo esta premisa significa pasar del espíritu de posesión (acumular, controlar, defender) al espíritu de comunión (agradecer, compartir, soltar).

Un gimnasio para el alma: Cuatro ejercicios Llevar la desapropiación a la vida moderna puede parecer, ilusorio pero Francisco de Asís era un hombre práctico. La desapropiación no ocurre de la noche a la mañana; se entrena. Aquí proponemos cuatro ejercicios sencillos para ejercitar el desapego en el día a día:

1. Moderar el afán consumista

Vivimos en una sociedad altamente consumista. Antes de comprar algo, preguntémonos si realmente lo necesitamos, si sólo nos dejamos llevar por el consumismo, si buscamos llenar un vacío o si queremos adquirir un estatus. Cuando sintamos el impulso de comprar algo que no es de primera necesidad, pongámoslo en una "lista de espera" y dejémoslo ahí unos dos días. Al tercer día, quizás notemos que la urgencia por poseerlo ha disminuido. Podemos aprender a vivir con menos. Aprender a vivir con menos es recuperar la libertad.

2. Revisar el equipaje

Hagámoslo periódicamente: vayamos a nuestro guardarropa, al armario o al cajón. Si tenemos ropa, libros o cosas que no hemos usado en un año, donémoslas; no las retengamos "por si acaso". Podemos dar un paso más: tomemos una, dos o tres cosas que estén en perfecto estado y que nos gusten mucho, y regalémoslas a alguien a quien sepamos que le van a servir o gustar. El ejercicio puede doler un poco. Ese dolor es señal de que el apego se está rompiendo.

3. Soltar el control y la razón

La desapropiación también es mental. Renunciemos a querer controlar todo y, sobre todo, a tener siempre la última palabra. En las discusiones cotidianas (en el trabajo o con la familia), no nos dejemos llevar por la necesidad de ganar o de imponer nuestro punto de vista a toda costa. Prefiramos la paz y las relaciones sanas a





nuestro orgullo.

Renuncie a la necesidad de controlarlo todo y, sobre todo, a tener siempre la última palabra. En las discusiones cotidianas, ya sea en la oficina o en la mesa familiar, evitemos el impulso de ganar a toda costa o de imponer nuestra perspectiva. Muchas veces es preferible elegir la paz y cuidar la relación con el otro antes que alimentar nuestro propio orgullo.

4. No adueñarnos del éxito

Cuando consigamos una meta o recibamos elogios por un trabajo bien hecho, disfrutemos el reconocimiento y seamos agradecidos, pero no nos adueñemos del éxito. Recordemos que nuestro talento, nuestra salud, nuestra inteligencia y las oportunidades que hemos tenido son, en gran medida, dones recibidos y circunstancias a favor, no méritos puramente individuales. Compartir el crédito es una forma elegante de desapropiación.

Vivir simplemente

Se le atribuye a Mahatma Gandhi una máxima que sintoniza perfectamente con la frecuencia franciscana: "Necesitamos vivir simplemente para que otros puedan simplemente vivir".

La desapropiación no es una resta que nos empobrece, sino una división que multiplica. Vivir con menos equipaje nos vuelve más ligeros, más atentos al sufrimiento ajeno y más capaces de conectar con los demás. A ochocientos años de distancia, el Pobre de Asís nos sigue recordando que solo cuando dejamos de poseer las cosas, somos verdaderamente libres para disfrutarlas.



FAMILIA DE Laco

DONDE EL LEPROSO NOS ABRAZA A NOSOTROS

Fr. Ronald Argelio Orozco Valenzuela, OFM.
Estudiante de Teología

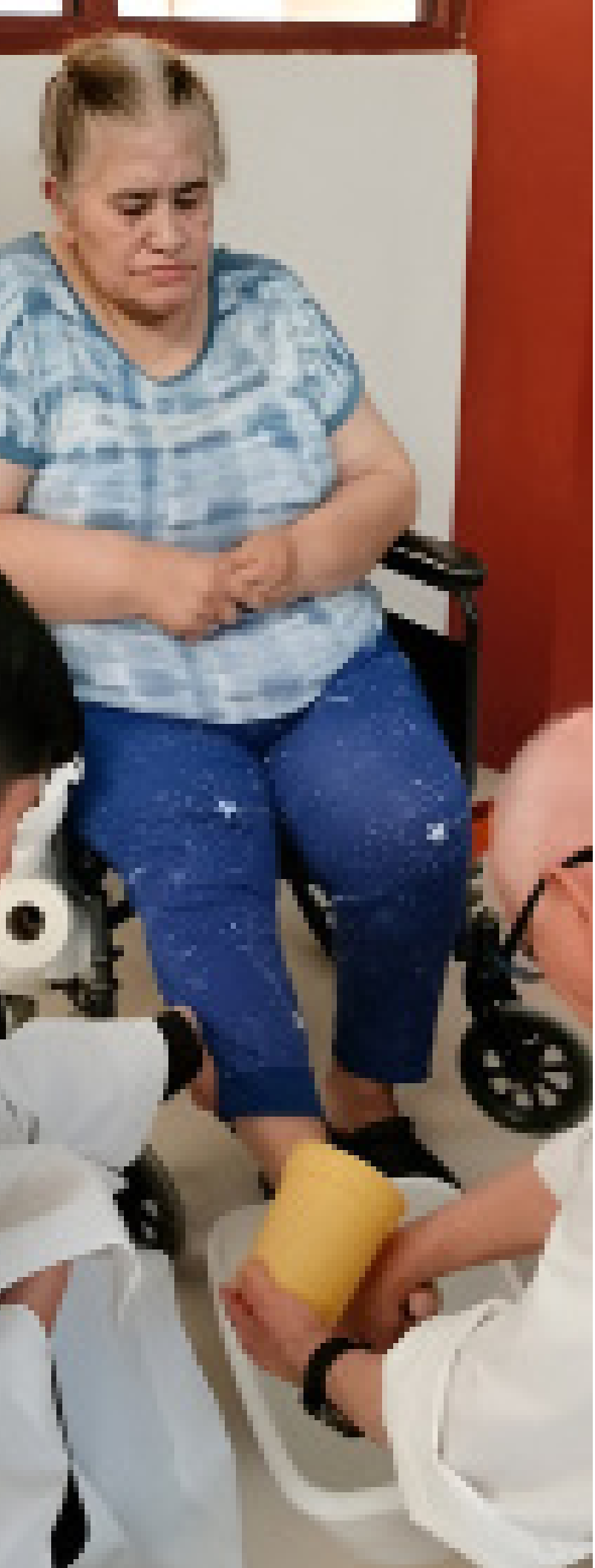
En Mexicali, los frailes tenemos una casa que lleva un nombre sencillo: Familia de Paco. No es un hospital ni un asilo. Recibe a personas con enfermedades terminales que, además del dolor del cuerpo, cargan con otro más hondo: el abandono. Muchas personas llegan sin nadie que las espere, sin nadie que sepa su nombre, y con la sensación de haber dejado de importarle a alguien.

El nombre no es casual: Aquí nadie es "paciente": quien cruza la puerta es de la familia. Se trata de acompañar a cada persona para que viva sus últimos días, o su última etapa, con dignidad, rodeada de cuidado, de una mesa compartida, de una mano que sostiene. Porque nadie debería morir solo, y porque la dignidad no se pierde con la enfermedad ni con la pobreza.

La imagen que nos inspira: Antes de convertirse, Francisco sentía repugnancia por los leprosos. Un día bajó del caballo, abrazó a uno y lo besó. Más tarde él mismo diría que lo amargo se le volvió dulzura de alma y de cuerpo. Esa escena nos acompaña en cada turno. Los enfermos terminales y abandonados son, de alguna manera, los leprosos de nuestro tiempo: personas que para muchos estorban, incomodan o se vuelven invisibles, y que a veces son vistas con desprecio. Necesitan a alguien que baje del caballo, los reciba y los trate como lo que son: hijos de Dios y hermanos.

El encuentro que nos cambia: Uno llega pensando que va a dar: tiempo, manos, compañía. Y es verdad, se ayuda a cambiar una situación de vida. Pero pronto se descubre lo más importante: quien cambia es uno. En el encuentro con el hermano que sufre nos acercamos a Cristo que sufre. Él nos lo dijo: "Estuve enfermo y me visitaron". (Mt 25,36). Es ahí, junto a una cama, ayudando a comer o





simplemente sentado en silencio, se sanan heridas espirituales que uno ni sabía que tenía, y se cae esa ceguera que nos impedía ver al prójimo como hermano.

El necesitado nos interpela: Nos hace ver que quien necesita del hermano somos nosotros; su fragilidad nos recuerda la propia, y su confianza nos enseña a recibir y no solo a dar. Muchas veces, el que parecía no tener nada nos entrega lo que más nos hacía falta: una sonrisa, una palabra de agradecimiento, una paz que uno no sabía que andaba buscando.

Una experiencia fuerte: No hay que idealizarlo. Es una experiencia fuerte ver de cerca el sufrimiento de la enfermedad, o ver de cerca cuando alguien muere y la soledad de quien nadie visita. Se conoce de frente la vulnerabilidad y la fragilidad de la vida, lo poco que controlamos, lo rápido que todo cambia, lo que de verdad importa cuando ya no queda más. Hay días de cansancio, de impotencia, de lágrimas.

Pero esa misma experiencia es una riqueza espiritual. Cambia la vida de quien se quiere encontrar con Cristo y está dispuesto a entregarse de corazón al servicio de estos hermanos. Se sale con menos prisa, con menos orgullo y con más gratitud por lo sencillo.

Más alegría en dar que en recibir: Jesús dijo: "Hay más alegría en dar que en recibir". (Hch 20,35). Quien ha servido a un hermano que sufre sabe que no es una frase bonita, sino una experiencia. Hay una alegría profunda, distinta a la del entretenimiento o el éxito, que nace cuando uno se olvida un poco de sí mismo y se entrega al otro. Es la alegría de sentirse útil, de sentirse hermano, de sentir que la propia vida sirve para algo que vale la pena.

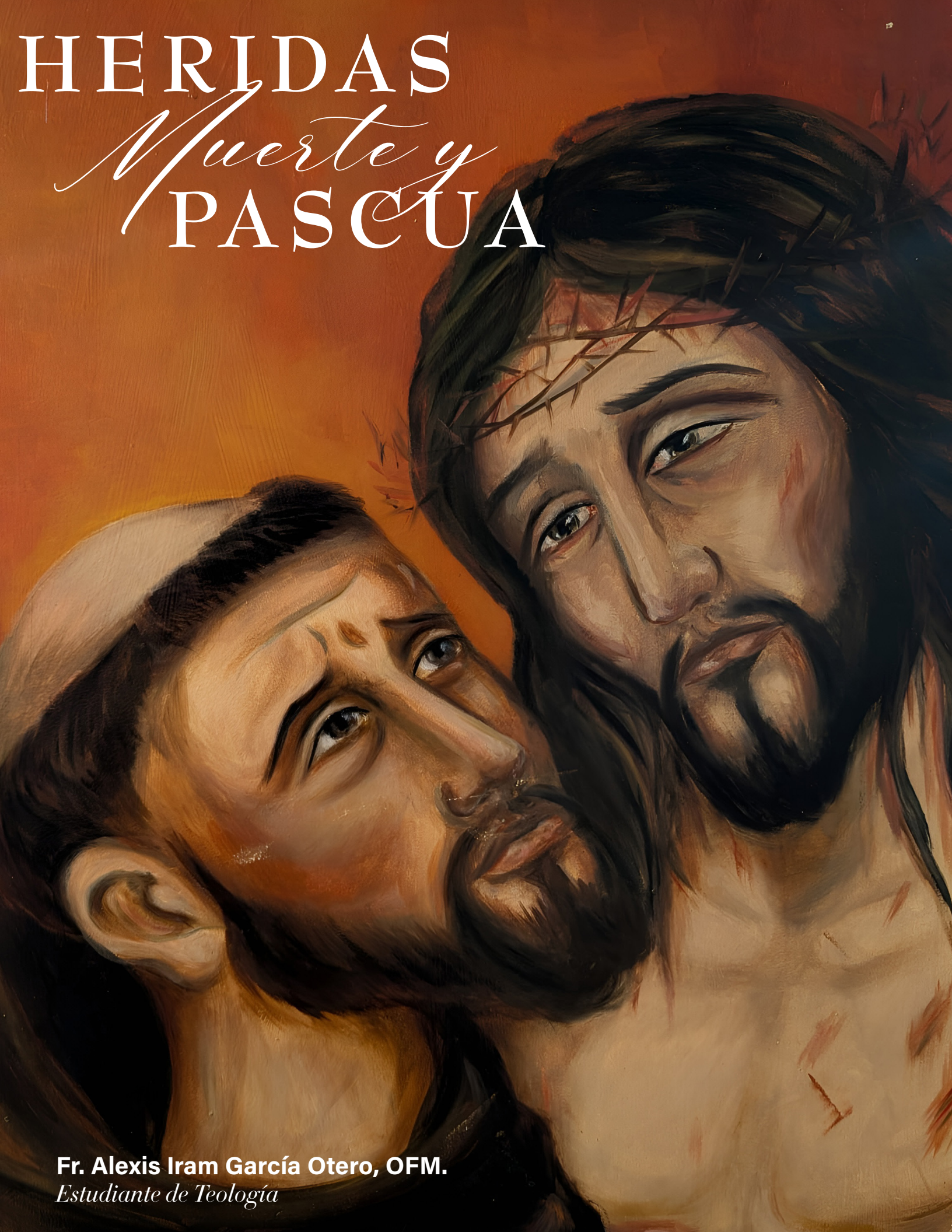
Una invitación para todos: Los "leprosos" de hoy no viven solo en una casa como la nuestra; están en el vecino que vive solo, en el familiar enfermo al que nadie visita, en el anciano olvidado

en un asilo, en el compañero de trabajo que carga una pena en silencio, en la persona que pide ayuda en una esquina, en fin, siempre habrá alguien que necesite ayuda o incluso, nosotros mismos.

A quien lea esto, hago una invitación: cuando se te presente la oportunidad de acercarte a alguien que necesita ayuda, no la dejes pasar. No esperes tener todo resuelto ni sentirte preparado. Basta la disposición de detenerte, de escuchar, de mirar a los ojos, de quedarte un rato. Esa persona quizá no cambie su situación de la noche a la mañana, pero tú sí podrías cambiar.



HERIDAS *Muerte y* PASCUA



Fr. Alexis Iram García Otero, OFM.
Estudiante de Teología

[Fr. León a los hermanos]

¿Quién es éste que viene,
llagado como Cristo,
falto de fuerzas
y lleno de amor?

Viene este pobrecillo,
herido y dolido,
experimentando la cruz
y el fuego de amor.

[Fr. León a san Francisco]

No solo vienes llagado
de pies y de manos,
pues Dios te ha traspasado
el corazón.

Mística unión esponsal con tu Amado:
ya eres uno con Cristo,
tu Dios y Señor.

Ahora, débil y despreciado,
como tu Dios y Amado
vivió su pasión,
perdonas a todos,
imitando a tu Cristo,
que ha perdonado a todos
con voluntad y amor.

[Despedida]

Ahora quieres unirte a Cristo,
no solo en pasión,
sino morir por amor de su amor.

Ya no hay más riquezas en el mundo
que puedan llenar tu corazón.

Y a lo que todos le temen
tú llamas Hermana,
pues sabes que es el paso
a la íntima unión.





Esto faltaba al alma enamorada
para estar por completo
con su Creador.

El día 3 de octubre de 1226, Francisco de Asís dejaba este mundo para ir a su encuentro definitivo con Dios, este momento la Familia Franciscana lo celebra al caer la tarde del día 3 de octubre, antiguamente se le conocía como "El tránsito de san Francisco" pero con el paso del tiempo ha tenido un cambio de nombre que ahora es "La Pascua de san Francisco" haciendo referencia ese paso de la vida terrena a la vida eterna. Este año 2026 se cumplen 800 años de este suceso.

He querido plasmar poéticamente este momento, dando voz a uno de los grandes compañeros y amigos de san Francisco: el hermano León. Hermano que estuvo presente en todo el caminar de san Francisco y, al igual que los hermanos, la tarde de aquél 3 de octubre sintió una gran tristeza porque el padre de los Hermanos Menores los dejaba huérfanos.

Comienza haciendo referencia a la llegada de Francisco con un anuncio explícito, en voz del hermano León no revelo el nombre de quién llega, pero describo a aquél que se ha configurado tanto con Cristo que sufre en su propia carne la pasión del Señor. Vivencia, que queda totalmente configurada cuando en el Monte Alvernia recibe los estigmas. Anuncio del claro ejemplo que Francisco deja a la espiritualidad franciscana de cómo vivir las bienaventuranzas.

De este anuncio que Fr. León hace a los hermanos, hay un acercamiento profundo hacia Francisco que reconoce, por ser testigo visual, aquella experiencia que Francisco había tenido y no solo es la expresión de las heridas externas, sino la vivencia plena de aquellos que toman la cruz y siguen al Señor. Quien sigue al Señor queda herido con su amor, Francisco ha alcanzado la tercera vía que propone san Buenaventura en su

"Itinerario de la mente a Dios" que es "La vía unitiva" donde la experiencia de amor se convierte en una ardiente caridad, por eso, a pesar de sufrir desprecio y persecución por parte de algunos hermanos, Francisco, es capaz de perdonar a ejemplo de Cristo en la cruz.

En esta cercanía, el hermano León puede comprender las palabras que Francisco añade a "El cántico de las creaturas" cuando habla de la hermana muerte: "Alabado seas, mi Señor, por nuestra hermana muerte corporal, de la cual ningún hombre viviente puede escapar." (Cfr. CántC). El santo de Asís era humano, y la santidad no lo eximió de la muerte corporal, Fr. León comprende que la muerte terrenal es el paso definitivo de íntima unión para estar con Aquél que nos ha creado.



